

“Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”

De nuevo en cuaresma. Otra vez preparándonos para celebrar la Pascua. Un año más pasando por lo mismo: escuchamos y acogemos la invitación a ser criaturas nuevas, a vivir bautismalmente el gozo de la Pascua, pero...Lo intentamos y fallamos, o... ni tan siquiera comienzas. Das un tirón, pero tu historia es ¡tan pesada! Los impedimentos suelen pesar en nuestro interior, y muy especialmente en ese centro donde debiera hallarse la fuerza impulsora para caminar: la experiencia de fe, que te renueva en cada instante, al saberte sujeto amado y renovado constantemente por Dios.

Y cuando te dicen: ¡sé santo!, ¡mejor santo que bueno! La primera respuesta que te surge es: “lo intentaré”. Evidente, ¡claro que vas a intentarlo!, pero cada intento suele concluir en un fracaso y una desazón. Y, con el fracaso, pierdes un poco más de ilusión.

Tienes todo lo necesario, pero te falta convicción. Te sofocas ante la ímproba tarea de lograr lo que te propones, y al mismo tiempo desperdicias aquello que se te ha regalado para que puedas realizar aquello que eres. Te empeñas en el esforzado activismo personal y olvidas que tu respuesta debe ser la consecuencia agradecida ante la gratuidad amorosa de Dios.

Encerrados en su error, muchos mueren intentándolo una y otra vez... Creen que van a resolver su sed de felicidad como la samaritana: “llenando” su vida con “ejercicios de penitencia”, “buscando el maestro de moda”, sumándose a “la última corriente de espiritualidad” o ejercitándose en los últimos métodos de interiorización. Si no encuentran agua en un “pozo”, buscarán saciar su sed en otro. No hacen sino vivir llenando vacíos y “tapando huecos” de día en día; procurando llenar ese vacío de infinito con experiencias que lejos de apagar la sed la agudizan cada vez más, la hacen cada vez más cruel.

Celebramos cuaresmas y pascuas, pero siempre con idéntico resultado: el fracaso de una nueva oportunidad desperdiciada; celebraciones sumidas en la tristeza al olvidar lo que hemos recibido; pasión que nunca florece en la primavera de la Pascua; espiritualidad que no hace memoria de aquella invitación real y efectiva de Jesús: “el que tenga sed, que venga a mi y beba del agua que yo le daré, y no tendrá sed jamás” (Jn 4, 14).

Nunca el hombre había recibido una oferta tan ventajosa y gratuita. Las palabras de Jesús recuerdan a aquellas de Isaías “El que tenga sed que venga y beba pan y leche de balde”. Cuando Jesús hace la misma llamada de atención, no hace falta recordarlo, ya se da por supuesto que es de balde. Tienes sed “ven y bebe”; y añade, “de tu seno correrán ríos de agua viva”. Y el mismo evangelista nos aclara y certifica que se refería al Espíritu que iba a mandar sobre sus discípulos, porque el Espíritu del Señor es el que lleva a cabo su obra; el que termina la obra de Dios en nosotros, llevándola a cabo hasta el final. Lo que nosotros necesitamos, Dios nos lo da gratuitamente; la modificación que necesitamos en nuestra vivencia, el Señor nos la concede por el Espíritu. En lugar de un programa de esforzada actividad, Jesús nos propone un programa de aceptación de la liberalidad generosa de Dios.

De cómo el Espíritu opera o actúa, lo podemos constatar en los Hechos de los Apóstoles, y en las profecías del Antiguo Testamento, aunque el ejemplo más significativo es la Anunciación: “El Poderoso hace obras grandes...”.

Llegado ese momento, la generosidad de Dios no podía continuar soportando el doloroso efecto de la sed insaciable de sus criaturas humanas. El mundo tenía sed y no sabía cómo saciarla. Tenían la ley de Moisés, pero no habían descubierto que la Ley les daba la vida; saciaba su sed pero, desgraciadamente, la habían convertido en ritos y leyes sin espíritu. Para todos ellos, Jesús gritó...: “el que tenga sed...”

1. El octavo día de la fiesta de Sukkot

Entre las fiestas judías, la de las Tiendas, es la más espectacular. Evocaba el tránsito por el desierto viviendo en la provisionalidad; entre dudas y promesas, luces y sombras; sufriendo la sed y recibiendo el preciado don del agua fresca manada de la roca. Pero, ante todo, la fiesta evocaba la peregrinación esperanzada, acompañada por la presencia activa de Yahvé, hacia la Tierra Prometida.

Asentados ya en Israel, y tras la dura experiencia del destierro en Babilonia, Sukkot había añadido un nuevo significado a su alegre celebración: la espera gozosa de los días del Mesías, tiempo futuro en los que Dios haría brotar la fuente inagotable (Is 43, 50), cuyas aguas correrían por debajo de la puerta del Templo (Ez 47,1) hasta llegar a todos los pueblos; tiempos jubilosos en los que el Espíritu se derramará sobre todo el pueblo (Ez 36, 25-27).

"El último día, el más solemne de las fiestas" (Jn 7, 39). La celebración conclusiva del año litúrgico, se alargaba con un día más de fiesta: el octavo, signo y sacramento de una nueva historia que comenzaba a gestarse. El día anterior habían cesado los símbolos del agua y de la luz. "El último día, el más solemne" comienza una nueva semana, con el festivo sentido del sábado, pero que muy pronto recibirá una nueva expresión: "el primer día de la semana". Está a punto de iniciarse un nuevo culto y una vida nueva. Es el día del Espíritu, anunciado por Jesús y celebrado como el don definitivo y escatológico.

Ese día de la fiesta, Jesús puesto en pie proclamaba la aparición de un nuevo templo con un nuevo culto. Jesús, el donador del agua que surtirá hasta la vida eterna, la perfección del Dios creador del shabat y el don divino del pan del cielo, proclama: "que venga a mi todo el que tenga sed y que beba todo el que crea en mí".

En una fiesta caracterizada por las libaciones y la promesa de la llegada del Mesías, Jesús se presenta como la fuente del agua vida. Ya no hay necesidad de mantener las lustraciones rituales diarias, llevando el agua de la alberca de Siloé. Jesús, la fuente de agua viva para todo el que crea en él, trasciende el ritual de la fiesta judía. Los únicos criterios para ser admitidos en esta donación refrescante y vivificante aportados por el Maestro de Nazaret son: estar insatisfechos con la propia existencia, moverse en dirección a él y "beber" el agua que él ofrece.

Jesús también anuncia que él cumple las Escrituras, prometiendo ríos de agua viva que brotarán, primero dentro del mismo Jesús, para posteriormente ser ríos que fluirán del interior del creyente, apagando la sed de todos los crean y vengan a él. En Jesús se cumplen las profecías de Isaías, Ezequiel y Zacarías. Pero, con tres novedades esenciales:

Primera: trasciende todos los intentos de comprenderle según las categorías de la expectación mesiánica judía: Ezequiel proclamaba que las aguas vivificantes manarían del templo, ombligo de Jerusalén y de toda la tierra. Jesús proclama que las aguas vivificantes manarían, desde el interior del mismo Jesús, no para regar todas las regiones de la tierra, sino para convertir a las personas, a su vez, en fuentes de aguas. La profecía se ha transferido de la ciudad a la persona; del viejo Templo al Nuevo Templo, y de éste a todos los templos donde residirá su Espíritu.

Segunda, perfecciona el símbolo de la mediación definitiva del don divino de la Torah. Para el pueblo judío, la Torah era el pozo del agua que saciaba la sed; el pozo donde el judío piadoso encontraba la Palabra de Yahvé, con la que podía guiar sus pasos. Pero el agua de la Ley judía queda superada. A partir de Jesús, la Ley dejará paso al Espíritu. El anuncio de Jesús, proclamando la aparición del definitivo don del agua, que perfeccionaría a la Toráh, explica la exigencia de fe y opción activa.

Tercera, la recepción del Espíritu estará supeditada a la opción activa de quienes, sintiendo su insatisfacción, se allegaran a Jesús y le aceptaran como propuesta existencial. Su anuncio novedoso –invitación a superar las antiguas visiones sobre el Templo y abandonar las antiguas celebraciones– habrá de convertirlo indefectiblemente en sujeto de división, cisma y opción. ¿Será el Mesías prometido, se preguntaban quienes le oían? Finalmente, habrán de convertirlo en roca del gólgota desde donde mane la nueva agua; la roca donde el Espíritu, entregado en manos del Padre, será otorgado a quienes lo acepten como Mesías prometido.

Juan nos revela el gran secreto, al comentar las palabras de Jesús: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyeran en él”. El “agua viva” o “viviente” de Juan no es el agua que mana o fluye, sino representación del Espíritu divino. Esa representación joánica procede del Deuterisaías, el gran profeta del Exilio, el primero en concebir el “ruah de Yahvé” como un “agua que da vida”. Nadie hasta el Deuterisaías había indicado que el Espíritu de Yahvé pudiera “derramarse”.

¿Cuándo ocurrirá esto? Las crecientes amenazas de violencia que rodean la presencia de Jesús en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos y su anterior indicación a sus hermanos, expresan que su “tiempo” llegaría en otra fiesta de los judíos: Pesaj-Pascua. De la roca del calvario se alzaría una nueva fuente, pero sus aguas no podrán beberse sino es desde la decisión de acercarse y aceptar a Aquél que está derramando su agua y entregando su Espíritu. De esta forma, la realización de la promesa mesiánica –el don del Espíritu–, y la glorificación de Jesús están unidos a su muerte y a la aceptación de la misma.

Al hombre sediento de salvación y de valores perennes, Jesús le declara solemnemente que Él es la roca de donde brota el agua viva. Él es la fuente de la vida y de la salvación, que sacia a todo el que cree en Él.

2. Quien tenga sed, venga.

Para el judío piadoso, la Torah era el símbolo especial de sus ansias de Dios. Ya el salmista lo expresó de manera sublime: “Como ansía la cierva las corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Tiene sed de Dios, del Dios vivo” (Salm 41) y en otro dice: “mi alma está sedienta de ti; mi carne tiene ansias de ti, como tierra reseca, agostada, sin agua (Salm 63)

“El que tenga sed, que venga a mí; el que cree en mí, que beba” (Jn 7, 37-38), y de sus entrañas manarán torrentes de agua viva”. “Venir a mí” y “creer” se entienden como dos términos equivalentes. Toda la enseñanza de Cristo en este pasaje asocia tres temas: la sed, el agua y la Palabra. Los tres constituyen una triada muy antigua. Para un judío esto no es extraño: la sede de la sed no está en el vientre, sino en la lengua que, además, es también la sede de la Palabra. Sed de agua y sed de Palabra, por consiguiente, se sustituyen con frecuencia: el agua designa el don de Dios en su Palabra, y la sed de agua designa la fe. Para el evangelista, Cristo es el que cumple las promesas de fecundidad escatológica contenidas en la celebración de las fiestas judías. Pero las realiza superando en mucho las expectativas de los más optimistas: no se trata solamente de la bondad del agua fresca, sino de una participación por la fe en la vida divina y en el don del Espíritu.

Hay que ir - creer a Cristo para beber el agua de la vida. No se trata sólo del Profeta de Nazaret, sino del Mesías ungido: el Hijo de Dios encarnado; el que habitó con nosotros; que nos ha revelado al Padre y habla palabras de vida eterna; el que fue ordenado para morir en la cruz por nuestras transgresiones y fue resucitado al tercer día para nuestra justificación; el que fue exaltado en los cielos y recibió la promesa del Espíritu Santo, el que, finalmente, derramó su Espíritu en la Iglesia el día de Pentecostés. Ese Cristo, y no otro, es la fuente abierta del

agua de vida. Él es nuestra justicia y nuestra redención completa, y se nos da a sí mismo y todas sus bendiciones de salvación por medio de su Espíritu.

Y todo esto se realiza mediante un acto de opción y aceptación, de fe y vida, mediante el cual nos apropiamos y recibimos todas esas bendiciones espirituales de salvación. Un acto de fe consciente y voluntario de nuestra parte, con el que correspondemos al acto de Cristo de darse a nosotros. Es la opción y aceptación activa y voluntaria de movernos hacia Jesucristo para “beber” de sus opciones existenciales.

¿Qué significa venir y beber de la Fuente de agua viva? Significa que somos conscientes de nuestro estado y condición; significa también el reconocimiento de Cristo, como la plenitud de la justicia. Pero, aún queda un tercer momento: es necesario oír y atender la invitación que en sí conlleva una decisión activa: volverse a él, recibirle, creer en él y por fe obtener perdón y justicia, sabiduría y conocimiento, luz y vida eterna. Entonces, y sólo entonces, el discípulo beberá y su alma quedará saciada. Esa regeneración fluye al aceptar a Cristo como Señor y Salvador, y al aceptar al Espíritu Santo y depender de él.

3. De estar sediento a ser fuente

El amor de Cristo, manifestado en la Encarnación se hace plenamente palpable y reconocible en el hecho de la cruz. Pero, a Jesucristo le queda todavía un gesto supremo: encomendar su Espíritu en manos del Padre, para que Este lo extienda entre quienes decidan aceptar el modelo del nuevo hombre.

La vida cristiana se expresa en tres dimensiones, siempre contemporáneas: relación con Dios, mediante el seguimiento de Jesús, animados por el Espíritu. El camino o relación inicial de acceso al Dios trinitario se da en Jesucristo, y más concretamente en su pascua. Ahí es donde Dios se nos revela en su misterio más profundo: relación con los hombres compartiendo su Espíritu. En Jesús muerto y resucitado se realiza de manera absoluta la comunicación interpersonal de Dios al hombre. Como indica Alfaro, “la entrega absoluta de Cristo al Padre en el acto de morir [donando su propio Espíritu] es el signo eficaz de la absoluta donación de Dios al hombre Cristo, como su Padre...”

Al darnos a su Hijo, el Padre se nos da en su Hijo y nos hace hijos en su Hijo. Pero, al darnos su Espíritu, Dios se comunica a los hombres en su más honda realidad e intimidad trinitaria. Por el Espíritu de Jesús tenemos acceso a la intimidad total de Dios en su realidad trinitaria. Consecuentemente, a partir de la Pascua de Cristo, nuestra existencia se define como relación con el Padre y el Hijo en el Espíritu.

Para acceder a esta relación hay que seguir a Cristo hasta su oblación. A partir de la cruz, Dios no puede ser comprendido como alguien por encima, sino entre nosotros. Dios desciende hasta lo más profundo del hombre. Misteriosa revelación: allí donde nadie podía imaginar que existiera un lugar adecuado para Dios, Dios encuentra ese lugar y posibilita que ese hombre entre en la relación intratrinitaria. Pablo lo expresará diciendo que ese ha sido el misterio de su voluntad (Ef 1,9).

Cristo prometió un don a quienes lo reciban como Salvador. Por este don tendrían perfecta satisfacción y suficiencia, y se desbordaría a través de ellos para bendecir abundantemente a otras vidas. Esta revelación obtendría la clarificación definitiva en la conversación de Cristo con sus discípulos, poco antes de su Ascensión (Lc 24,49). Cuando se despedía, les prometió que viviría en ellos como una presencia espiritual permanente; sobre ellos derramaría la Promesa de mi Padre, fuerza divina, poder de vida sobrenatural. Iban a vivir como Él vivía y a

trabajar como Él trabajaba: “seréis mis testigos”. A fin de proveer vigor para una vida tal, les prometió “otro Consolador” que vendría a hacer morada permanente en ellos.

Esta presencia espiritual en la vida de los “sacidos-bautizados” en/por el agua que brota de Cristo se manifiesta a través de unas actitudes que configuran la novedad de esa vida cristiana. La primera actitud es la conversión permanente, punto de partida y moción constante para el seguimiento de Jesús. Esta conversión nos permite penetrar, con mayor profundidad, en el carácter fontal y envolvente del amor gratuito de Dios en Cristo.

La situación del que ha llegado a Cristo –y como resultado del don de la vida nueva– está marcada por una nueva y pascual vivencia de la paz y de la alegría (recordemos el saludo pascual del Resucitado cuando se aparecía). Ser cristiano exige seguir a Jesús por ese camino de conversión constante que tiene como frutos inmediatos la paz y la alegría de quienes son depositarios del don del Espíritu.

Esta forma de vida necesita de y se forma en la conversión evangélica que se expresa mediante la vivencia de las bienaventuranzas: pobreza, mansedumbre, misericordia y sediento de justicia son referencias fundamentales de una vida incardinada en Cristo.

El manantial está abierto para todos. Todos vivimos en los "últimos días". Nuestra vida es contemporáneamente cuaresmal, pascual y pentecostal, porque vivimos en la comunión con el Padre, por el Hijo, en el ES, por la fe, la esperanza y el amor. Esta esa la nueva sabiduría que la revelación de Cristo nos ha mostrado: incardinados en Cristo, se nos otorga el don de compartir la comunión intratrinitaria.

Para San Pablo todo se resume en el conocimiento de ese "amor de Cristo que sobrepasa al conocimiento" (Ef 3,19). Se da, pues, una estrecha conexión entre el conocimiento de Dios, el conocimiento de Cristo y la acogida del don del Espíritu. Al entrar en la Iglesia por el bautismo, el cristiano es introducido en la gran corriente que brota en el Corazón de Dios y lleva a Él todas las cosas, por medio de Jesucristo y en el Espíritu Santo. En esto consiste conocer.

Toda la vida del cristiano debe estar polarizada por este conocimiento que le salva y lo hace, con Cristo, salvador de la humanidad. Un conocimiento que no depende del saber humano, sino que es fe en Cristo crucificado y sabiduría de Dios.

4. La vida en el Espíritu: el cristiano de la Pascua de Pentecostés

San Serafín de Sarov decía: “El objetivo de la vida cristiana es estar lleno del Espíritu Santo”. Esta plenitud no asegura ninguna vida fácil, ni ninguno de los conceptos que para nuestro tiempo son importantes. Sin embargo, sí te asegura que tendrás vida, y en abundancia. Quienquiera que tenga en alguna medida la vida de Cristo puede tenerla en su plenitud. “Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en *abundancia*” (Juan 10,10).

En el plan divino, el don del Espíritu contiene un propósito tan definido como el don del Hijo. Mediante el Hijo obtiene el pecador la vida; mediante el Espíritu obtiene el creyente vida más abundante. Mediante el Hijo, el pecador deja la esfera de lo natural y entra en la esfera de lo espiritual; mediante el Espíritu el creyente es elevado a las más elevadas alturas de la vida en el plano espiritual. Dios tiene el propósito de que cada cristiano viva una vida de profunda y creciente espiritualidad.

El Espíritu Santo vive en nosotros para realizar este propósito de tres maneras: *Primera*: Nos revela por medio de la Palabra la plenitud que podemos tener en el Cristo glorificado. *Segunda*: crea en nuestros corazones un deseo de esta plenitud. *Finalmente*, obra como canal para la transmisión de esa plenitud desde Cristo a nosotros.

La vivencia de estas tres dimensiones obliga a Pablo a desear a los cristianos de Éfeso: “*sed llenos del Espíritu*” (Ef 5,18). Pero este deseo va acompañado de una indicación: no caigáis en la complacencia de poseer el Espíritu. Por el contrario, es necesario dejar al Espíritu camino libre, permitirle que os llene desde adentro hasta afuera, ofrendaros para que os colme de energía, llenándoos de Sí mismo.

“Sed llenos del Espíritu”. Tal es el *derecho de nacimiento* del cristiano. En virtud del nuevo nacimiento, todo cristiano tiene derecho a tal plenitud. No es el privilegio de sólo unos pocos, sino la necesidad de todos. Esta es la *necesidad* del cristiano. Nadie puede vivir una vida verdaderamente espiritual *sin* la plenitud del Espíritu. Ciento veinte fueron llenos el día de Pentecostés, sólo doce de ellos eran apóstoles. Algunas eran mujeres que volvieron a sus casas a guisar, a coser, a cuidar de la familia, otros eran hombres que volvieron al campo y a la tienda, pero los ríos de agua viva fluyeran de las vidas de todos ellos a otras vidas.

“Sed llenos del Espíritu”. Esta es la *responsabilidad* de todo cristiano. Como a *ningún* cristiano se niega la bendición de tal experiencia, así *ninguno* está exento de la responsabilidad de poseerla. Así como rehusar la vida que se le ofrece en Cristo es el pecado mayor del que no cree, así el rehusar la vida abundante, que se experimenta mediante el Espíritu, es el pecado mayor del creyente. La plenitud del Espíritu Santo no es opcional, sino que conlleva implícitamente una triple responsabilidad:

1ª Para realizar la presencia permanente de Cristo: “Para que os dé, conforme a las riquezas de su gloria, el ser *fortalecidos con poder en el hombre interior por su Espíritu; para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones*” (Ef 3, 16-17). Las vidas de los primeros cristianos parecían verdaderamente electrizadas por una conciencia vivida y gozosa de la presencia de su Señor glorificado. Él era muy real para ellos. ¿Posee la presencia espiritual del Señor viviente una realidad tan intensa para ti? Es una de las ricas recompensas de una vida llena del Espíritu.

2ª Para reproducir la vida santa de Cristo: “Mas *el fruto del Espíritu* es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza; contra tales cosas no hay ley” (Gál 5, 22-23). Condensado en estas nueve gracias exquisitas, tenemos aquí un retrato, hecho con palabras, del carácter de Jesucristo en su belleza, simetría y perfección esenciales. Un carácter así no es producto de la naturaleza humana, sino fruto de la naturaleza divina. Cuando el Espíritu Santo llena nuestro ser, reproduce dentro de nosotros la vida de Cristo.

3ª Para ejercitar el poder sobrenatural de Cristo: “*Pero recibiréis poder, cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra*” (Hch 1,8). Al enviar a sus discípulos para llevar a cabo una tarea sobrenatural, les prometió dotarlos de una fuerza sobrenatural. Todo poder pertenece a Cristo, pero Él delega en nosotros su poder mediante el Espíritu Santo. Donde quiera que el Espíritu esté en plenitud, se manifiesta en fuerza salvadora.

La plenitud del Espíritu Santo es lo único que cambiará un cristiano carnal en un cristiano espiritual. En el día de Pentecostés, los discípulos del Resucitado fueron llenos del Espíritu Santo, y una sencilla comparación de sus vidas, antes y después de Pentecostés, nos revela un cambio maravilloso. El resultado tuvo siete aspectos:

- Conocieron a su Señor y comprendieron las verdades profundas de la salvación.
- Vinieron a ser hombres de corazón puro. La humildad desalojó al orgullo; el valor, a la cobardía; la mente celestial a la mundaneidad.
- En lo íntimo de sus espíritus satisfechos y renovados se encendió un deseo apasionado de ganar a otros para el Señor, que los había salvado y transformado.

— Esto les llevó a Dios en oración, la cual vino a ser su principal delicia y su ocupación constante.

— La oración desató poder, y ríos de agua viva comenzaron a fluir a través de estos canales purificados, llegando a Jerusalén, a Samaria y hasta el último rincón de la tierra.

— La manifestación de tal poder atrajo sobre ellos fiera persecución.

— Pero ni las celdas de la cárcel podían reprimir sus cánticos de alabanza.

Conclusiones para nuestra meditación:

Pentecostés transforma a los seguidores de Jesús, convierte a los cristianos carnales en cristianos espirituales. “*Será en él una fuente; de su interior correrán ríos de agua viva*”. El Espíritu Santo, una fuente de agua viva, un manantial que fluye constantemente, está en todo cristiano y se convierte en desbordamiento. Si hay una corriente divina que fluye *en* nosotros, hay también una corriente divina que fluye *de* nosotros.

Es para ti, si en verdad tienes sed. Bebe hasta saciarte. Más aun: hasta que estés lleno. Más aun: hasta que reboses. La plenitud del Espíritu Santo es para todo el que tiene sed y acepta beber del Agua de la Vida.

La espiritualidad cristiana no puede ser otra que pascual-pentecostal. En el acontecimiento de la pasión, muerte, resurrección y donación del Espíritu de Jesús, Dios resucita la nueva humanidad, pero nueva porque tiene un Espíritu nuevo. Por eso hablamos de una humanidad resucitada, de una nueva humanidad que celebra su existencia como don y donación.

Este Espíritu sigue bautizando testigos de la muerte y de la resurrección de Cristo, de su obra salvadora. Esto significa que una característica esencial de la vida cristiana es ser testigo de Jesús, de lo que él hizo y tal como lo realizó (como donación, entrega y relación con los demás) para convertirnos en fuente de la que mana el agua que sacia la sed de nuestra historia y nuestros hermanos.

El Espíritu de Cristo sigue invitando a los sedientos de cualquier condición: "Ven a mí y bebe", para ser mi testigo en el mundo entero.

Miguel Ángel Medina Escudero o.p.